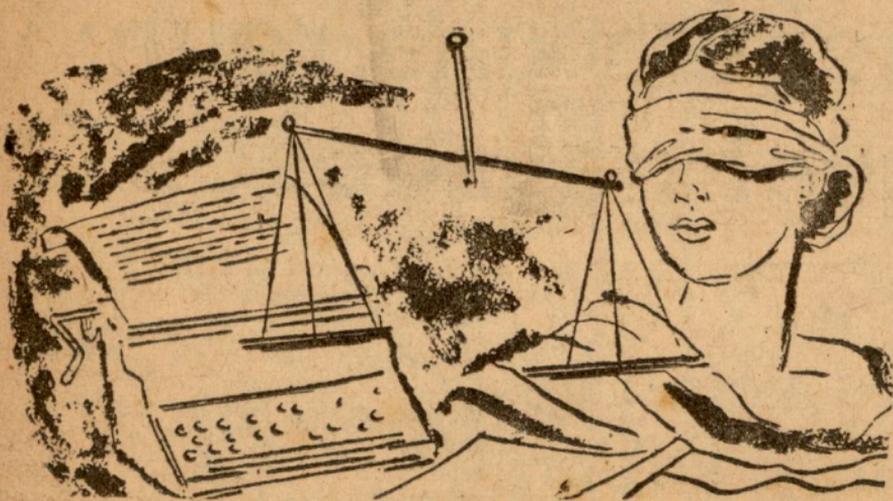


# Nueva conducta del intelectual

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Los propios intelectuales se reprocharon después del conflicto bélico mundial estallado hace veinte años haber descuidado su compromiso para con la sociedad, haber dado la espalda al hombre real por entregarse al mero juego de ideas, imágenes y símbolos del pensamiento abstracto y la poesía pura, haber "traicionado" —esa es la palabra usada por Julien Benda— su misión esclarecedora, magisterial y didáctica y el ministerio moral de su conducta pública. Aquel fue un examen de conciencia, no la acusación de un fiscal en un proceso jurídico. El resultado de dicha actitud no se le ha ocultado a nadie: los intelectuales, una mayoría de los cuales fueron indiferentes ante el auge fascista, complacientes con los aplausos del liberalismo capitalista, débiles ante las promesas paradisíacas del comunismo, se alzaron, esta vez casi unánimemente, contra todo lo que en la política significara explotación humana, avasallamiento de las conciencias, persecución del que piensa, y en lo social y económico se definieron por la transformación de las estructuras que el egoísmo y la codicia de los liberales por conveniencia habían interesadamente confundido con la democracia. El intelectual "engage" de hoy es una patente muestra del individuo que, con la razón o la inspiración, no sólo crea y discurre sobre sus temas exclusivos, en vista a la obtención de



la belleza o de la verdad, sino que procede en su vida como un ciudadano que milita en la causa popular y combate por un mundo mejor, más justo.

Ignorar este vuelco de la posición del intelectual contemporáneo es saber las cosas a medias. Y difundir esta ciencia incompleta a través de un diario —de un diario cuyo planteamiento económico-social se dirige a proteger privilegios y fortunas— es tratar de engañar. No se puede afirmar, sin rubor por lo menos, que el intelectual se adhiere a las doctrinas sociales avanzadas porque es pedante, o ingenuo, o caprichoso. El éxito es más fácil poniéndose al servicio de los poderosos, sirviéndolos o adulándolos. Cientos de intelectuales en el mundo moderno sufren, en cambio, por no ceder, la sospecha policial, la investigación de sus conciencias, el desplazamiento de su talento, debido simplemente a que denuncian, con idéntica valentía, que está mal discriminar a los negros, ejercer el colonialismo, gobernar para unos cuantos, de un lado, y limitar o impedir la libre expresión, enviar tanques para acallar una revuelta, organizar campos de concentración y tortura, de otro. Son los intelectuales los que han advertido a los gobernantes del crimen sin igual que sería una guerra atómica y los que les han reclamado el empleo de la energía nuclear en beneficio del bienestar de la humanidad entera. Con ese mismo espíritu generoso, los intelectuales del mundo —y, en especial, los de los países subdesarrollados por causa de la hegemonía terrateniente o el imperialismo— se han definido contra el manchesterianismo pasado de moda, que los políticos astutos pretenden siempre disfrazar de democracia.

Pero los intelectuales saben bien qué es la democracia. Saben, por ende, que no es únicamente un sistema político representativo, sino una equitativa organización social y una justa repartición de la riqueza. Todo lo que diga el autor de "Llegaron las lluvias" (novela mediocre como todas las que él firma), a quien se cita como una autoridad, y todo lo que resentido segregue cierto vocero de los reaccionarios de Francia (¡que también los hay!), a quien se acude en busca de munición contra la inteligencia independiente, no destruirá una verdad tan cabal y rotunda como ésta. Una verdad que se anunció en el albor de la cultura occidental, como principio esencial del cristianismo, y que perdura como la más tenaz, heroica y trascendental aspiración de quienes pensaron y piensan antes en el hombre como espíritu que en sí mismos como apetitos y concupiscencias.